Don Gonzalo oyó leer la órden, y no le fué posible ya contenerse; su mal humor, reprimido por la presencia de la justicia, estalló.

—Muy bien—dijo dirigiéndose á Don Leonel;—¿con que andais vos y vuestro santo hermano en conspiraciones? ¿y me poneis así, en estos trances, á mí? ¿á uno de los mas fieles vasallos de S. M.? (que Dios guarde). Vamos, vamos, si no sé cómo me contengo. ¡Criollos habíais de ser los dos para andar con semejantes vilezas!

—Pero, padre.....

—¡Qué padre, ni qué nada! Yo no soy, no quiero ser padre de criollos, ¿lo entiendes? de criollos, malditos criollos.....

Y el viejo, sin escuchar mas, usó de su libertad retirándose á su cámara y murmurando entre dientes:

—¡Al fin criollos, al fin criollos!

XVIII.

Cómo hizo Don Pedro de Mejía su primera visita á Doña Catalina, y lo que en ella pasó.

Trasportaremos al lector á la casa que habia tomado Doña Catalina en la calle de Ixtapalapa y frente por frente de la soberbia habitacion de Don Pedro de Mejía.

Era de noche. Dos humildes velas de sebo alumbraban la sala de aquella casa, que estaba amueblada, segun hemos dicho, con decencia, pero muy pobremente: en el estrado estaban sentadas Doña Catalina, la vieja madre y Don Pedro de Mejía; Don Alonso en un sitial estaba al lado de Don Pedro: la conversacion era animada, y se trataba del asunto del dia, de la entrada del nuevo virey.

—¿Con que nada ha visto mi señora la marquesa?—decia Don Pedro, procurando dar á su rostro un grande aire de amabilidad.

—Absolutamente nada, ¿qué quereis? Una pobre mujer sin amparo, sin relaciones, quizá quizá sin tener un caballero que la ofrezca su brazo para salir á los paseos.

—¡Oh! sois injusta conmigo, marquesa—dijo Don Alonso—que os he ofrecido mi pobre compañía, que no habeis querido aceptar.

—Tiene razon—agregó la vieja.—El señor Don Alonso te ha ofrecido, hija mia, que vendria por nosotras.

—Perdonadme, Don Alonso—dijo Catalina,—no lo quise decir por vos, á quien no tengo sino mucho que agradecer desde el instante que pisé este suelo. Pero en verdad no podreis negarme que estoy en situacion tan triste, que no puedo pensar en diversiones.

—No hareis bien, señora marquesa—replicó Don Pedro; —por el contrario, debeis buscar la distraccion, los paseos: sois jóven, aun podeis ser feliz en el porvenir.

—¿El porvenir?—dijo Catalina limpiando sus hermosos ojos como si llorase;—¡oh, está muy negro y muy tempestuoso el mio!

—No lloreis, marquesa, el destino puede quizá cambiar mañana.

—Eso mismo le digo yo todos los dias, señor Don Pedro, pero esta niña se ha empeñado en hacerse la vida pesada.

Don Pedro estaba mortificado, creyendo que él habia sido la causa de aquel llanto, al tocar la fibra delicada del corazon de la marquesa, y la miraba con profunda ternura mientras que ella seguia con el rostro cubierto con el pañuelo y afectando algunas veces suspiros y sollozos.

Don Alonso y la vieja se cruzaron una mirada de inteligencia.

La vieja entonces se levantó y dijo á Don Alonso:

—Pues en tan buena y honrada compañía queda mi hija, espero que el señor Don Pedro me excusará un momento, porque tengo que mostrar al señor Don Alonso unas cartas que han llegado para mí, por conducto de uno de los de la comitiva del marqués de Cerralvo.

—Haced, señora, como gusteis—dijo Don Pedro.

La vieja y Don Alonso salieron de la sala, y Don Pedro quedó enteramente solo con Catalina.

La ocasion era tentadora, Don Pedro comenzaba á sentirse enamorado, y Catalina estaba hechicera.

Sus manos blanquísimas y perfectamente contorneadas, y el nacimiento de sus torneados brazos, hacian un maravilloso contraste con su traje negro: sus cabellos de oro, cayendo sobre su cuello gracioso, formaban una especie de auréola á su rostro encantador.

Catalina habia dejado salir como por descuido, fuera de la orla de su vestido, un pié pequeño y primorosamente calzado con un zapato de tafilete negro, con clavos y tacones de plata.

Don Pedro la examinaba con pasion y no se atrevia á dirigirle la palabra; por fin, hizo un esfuerzo, comprendió que no debia dejarse pasar la ocasion, y se arriesgó á decirle tímidamente:

—Marquesa, ¡qué feliz será el hombre que pueda volveros la dicha!

—¡Ay! ¿y cómo podia volvérmela nadie?

—Amándoos, señora, y siendo amado por vos.

—Don Pedro, ¡qué mal conoceis el mundo! ¿Quién creeis que pueda pensar en mí, viuda, pobre, desconocida?

—Cualquiera, marquesa, cualquiera se consideraria dichoso si vos le amáseis, si le prométieseis vuestra mano.

—Os engaña vuestro generoso corazon, Don Pedro: si yo hubiese heredado de mi esposo un rico patrimonio, si hubiera venido á México con un espléndido cortejo, á vivir en un palacio, teniendo carruajes, lacayos, palafreneros, damas, entonces, tal vez, muchos habrian pretendido mi mano, me habrian ofrecido su amor; pero así, pobre, sin galas, sin trenes, viviendo en esta pobre casa, y sin mas amigo

que Don Alonso de Rivera antes, y ahora vos, ¿pensais que haya álguien que se ocupe de la pobre viuda, aun cuando sea una marquesa?

—Marquesa—dijo Don Pedro con marcada intencion—si la modestia y la hermosura son las dos flores mas bellas, y vos las poseeis, seguro estoy de que en este momento hay álguien ya que piensa mas en vos que lo que vos podeis suponer.

—¿Y quién es?—preguntó Catalina con fingida inocencia.

—Es un hombre, marquesa, que quizá no os pueda presentar un título de nobleza, ni una ejecutoria como la vuestra; pero en cambio, puede ofreceros un amor sin límites, y un caudal con que satisfacer hasta el mas pequeño de vuestros deseos.

—Es imposible que haya un hombre que me ame así, cuando acabo de llegar á México y muy pocos me conocen.

—Pues entre esos pocos está, marquesa.

—Es que son tan pocos, que quizá no pasen de Don Alonso y de vos.

—Buscadle entre ellos—dijo Don Pedro con exaltacion.

—¿Don Alonso?—dijo Catalina tratando de llevar á Mejía hasta sus últimos atrincheramientos—¿Don Alonso? Vaya, pero es raro, que jamás me ha indicado nada.

—Entonces, no debe ser él.

—Luego.....

—¿Luego qué, señora?

—Sereis vos.

—Yo, yo mismo—exclamó Don Pedro.

Doña Catalina estuvo á punto de reirse al ver la cara que ponia aquel hombre.

—Parece un oso—pensó—y luego agregó en voz alta:

—Don Pedro, ¿cómo creeis que yo me fiara de un amor

tan violento y tan repentino? Eso solo se cuenta en las historias.

—Se cuenta en las historias, marquesa, y siempre es verdad, créedmelo, porque yo jamás miento; os amo, marquesa, y me creeria feliz al haceros dichosa á vos.

—Vamos, si me parece cosa de milagro.

—Llamadle como querais, marquesa, pero es cierto; soy solo, rico, puedo haceros muy feliz. ¿Me amareis, señora?

—¡Cuidado, señor Don Pedro, cuidado! Muy de prisa vais: no es cosa de tomar así un corazon como una plaza, por sorpresa; nos trataremos, y entonces veré si os puedo dar esperanzas.

—Mucha crueldad es esa.....

—No, prudencia, prudencia.

—La vieja y Don Alonso, que habian estado en acecho, comprendieron que era el momento de cortar la conversacion, y entraron á la sala.

Don Pedro procuró reponerse de la agitacion que le habia producido aquella escena.

—Nos retiramos, Don Pedro—dijo Don Alonso.

—Cuando gusteis, contestó Don Pedro.

—¿Por qué tan pronto?—preguntó con un aire angelical Doña Catalina.

—Es tarde, aun tenemos que hacer—contestó Don Alonso.

—Marquesa—dijo Don Pedro—supongo que mi amigo Don Alonso de Rivera os habrá dicho que en mi casa hay constantemente una carroza enganchada siempre á vuestras órdenes, de tal manera que no teneis sino que avisar y os la traerán.

—Gracias, Don Pedro, pero ya os lo he dicho; por ahora no salgo á ninguna parte.

—Como vos lo mandeis. Dios os guarde, marquesa.

—Buenas noches, Don Pedro.

Don Pedro y Don Alonso bajaron la escalera y salieron á la calle sin hablar una palabra, y ya allí, Don Alonso dijo:

—¡Qué tal! ¿estais contento?

—Algo, contestó Mejía.—Hacedme, os suplico, el favor de venir mañana temprano, que quiero tratar con vos de un negocio que me importa.

—Bien—contestó Don Alonso.—Y pensó luego: ya tragó el anzuelo.

Doña Catalina quedó silenciosa hasta que escuchó el zaguan que se cerraba despues de haber dado salida á Don Pedro: entonces se levantó, radiante de gozo, y dijo á la vieja echándole al cuello los brazos:

—¡Madre mia! ahora sí creo que me caso, y bien.

—Dios lo haga, que bien lo mereces.

Doña Catalina soñó que se casaba con Don Pedro.

Don Pedro soñó que se casaba con Doña Catalina.

XIX.

Cómo Martin hizo un escarmiento con Don Baltasar de Salmeron, y lo que se originó de esto.

El único de los hijos de Don Gonzalo de Salazar que pudo ser habido por la justicia, fué Don Leonel, que en una carroza de su padre fué conducido á las casas consistoriales, porque aun la cárcel de Palacio no estaba completamente repuesta.

Martin salió de Palacio en la tarde, y un hombre desconocido que le esperaba, le entregó un papel.

Martin se recató para abrirle, y leyó que decia:

«Buscadme luego en la calle de las Canoas en la casa co-«lorada. Dad por contraseña la misma muestra, y os condu-«cirán á mi presencia.»

A. DE S.»

—Por la casa á que me citan y por las iniciales de la firma, Don Alonso de Salazar debe ser el que me escribe—pensó Martin.—¡Qué demonio! Podia yo si tuviera sobre mí ese libro de Don Leonel, llevarlo luego.....Pero no.....en todo caso vale mas leerlo antes.....Sí, decididamente mañana le llevo: vamos á ver á Don Alonso de Salazar antes que llegue la noche, que á las nueve tengo de dar una leccion á Don Baltasar.